

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 2.— BARCELONA 15 DE AGOSTO DE 1914



El primer paso para la alianza franco-rusa. — Visita del Presidente Mr. Félix Faure al Tzar

CRÓNICA MILITAR

I. Capacidad de los beligerantes para la ofensiva.—II. Ventajas de la ofensiva.—III. En el teatro occidental Alemania asume la iniciativa.—IV. Importancia real de la maniobra alemana en Bélgica.—V. ¿Cuál será el primer teatro principal?—VI. El segundo teatro principal.—VII. Operaciones navales.—VIII. Los métodos de combate de las dos artillerías: alemana y francesa.—IX. Los dirigibles y aeroplanos.—X. Lieja.

I.—Capacidad de los beligerantes para la ofensiva

Considerado de un modo general, el ejército alemán se caracteriza por el espíritu de ofensiva, que implica como condiciones inseparables la iniciativa y la solidaridad. Estas cualidades, más que hijas de la idiosincrasia del pueblo, son fruto de una educación y preparación perseverantemente continuadas durante casi un siglo. La disciplina social, que aún conserva en lo íntimo restos del feudalismo, establece límites marcados entre unas y otras clases, de lo que dimana la gran fuerza moral y el prestigio de que goza la oficialidad. En situaciones críticas, la presencia de los soberanos y príncipes alemanes al frente

de las tropas encenderá en éstas el entusiasmo y la resolución; el que no haya vestido nunca el uniforme militar, está incapacitado para comprender hasta qué punto lo esclarecido de la estirpe influye sobre el espíritu de las masas armadas.

El ejército francés se educó, a raíz del desastre de 1870-71, en la defensiva; a medida que la instrucción mejoró, fueron apareciendo tentativas, cada vez más francas, en favor de la ofensiva, que es la doctrina preconizada hoy sin excepción por todos los militares franceses. El observador imparcial ha de reconocer, sin embargo, que ese sentimiento de la ofensiva no ha acabado de arraigar en el ejército francés; en los numerosos libros y escritos militares recientes, en los que se proclama con unanimidad la ofensiva, se

descubre la tendencia a convencer: no se habla de la ofensiva como de un método que está en la conciencia de todos. Pero como el carácter francés es más apto para el ataque que para la defensa, bastarían una o dos victorias para que se desvaneciera del todo la pesadumbre, que subsiste todavía, de las derrotas de 1870, y se otorgara por todos al generalato francés la confianza que merece por sus méritos y que hoy se le regatea. Lo que no podrá gozar aquel ejército es la exaltación producida por el prestigio de la cuna; le es esto tan necesario al pueblo, que si lograra el triunfo, no sería raro que se volviese, en una u otra forma, a la glorificación extremada del caudillo vencedor.

Sin iniciativa y sin espíritu de ofensiva, el ejército ruso es acaso el mejor del mundo para la defensiva. Resistirá tenazmente; pero no llevará a cabo grandes acciones a menos que sus adversarios obren con torpeza. A manera de una roca en la que se estrellan las olas, pero que no se mueve de su sitio, así es el ejército ruso.

No concedemos mayor valor al austriaco, que está muy debajo del alemán en su espíritu de ofensiva e iniciativa y también es inferior al ruso en la cohesión y resistencia.

Del ejército inglés es prematuro emitir juicio: hace muchos años que no ha sido probado en una guerra europea. Por los antecedentes que de él se poseen, tiene muchos puntos de contacto con el ruso.

Finalmente, el ejército serbio es por su espíritu superior al austriaco; más homogéneo y acostumbrado a guerrear, ha aprendido por experiencia propia las ventajas de la ofensiva; pero no dispone de los elementos suficientes en material y ganado para sacar todo el partido posible de sus buenas cualidades.

II.—Ventajas de la ofensiva

Porque la iniciativa y la ofensiva, su compañera, desempeñan en la guerra un papel preponderante. Antes que lucha material, la guerra es un choque de voluntades, en la que la de un bando sucumbe y se deja guiar, a veces antes de combatir, por la del otro. Y como en la guerra son desconocidas la mitad de las incógnitas del problema (las que atañen al enemigo), claro es que aquel que se doblegue y ajuste sus actos a los de su adversario otorga graciosamente a éste las ventajas de que él mismo se priva. El que ataca, el que busca al enemigo con todas las energías de su voluntad, tiene ganada la mitad de la batalla sobre el que titubea, se detiene y busca en el terreno y en la fortificación la fuerza de que cree carecer; si a sí mismo se confiesa más débil, estará perdido en cuanto se entere de este pensamiento su rival.

Hay que distinguir entre la ofensiva estratégica, que es a la que me refiero, y la ofensiva táctica. Teniendo por objeto la estrategia conducir a los ejércitos al campo de batalla de modo que ésta se riña en las mejores condiciones posibles, cabe la ofensiva estratégica, cualquiera que sea la fuerza del enemigo y la naturaleza geográfica del terreno. Pero es evidente que en ocasiones algún cuerpo del ofensor estratégico tendrá que librar un combate defensivo, ante fuerzas superiores o para facilitar la maniobra del resto del ejército. Si la estrategia ha sido buena, jamás el

ejército en conjunto tendrá que librar una batalla defensiva, porque antes la evitará o buscará el choque contra una fracción del contrario.

Conviene tener presentes estas ligeras ideas para formar concepto acertado de las grandes batallas que se avecinan.

III.—En el teatro occidental Alemania asume la iniciativa

Desde el punto de vista estratégico, a juzgar por las escasas noticias que se reciben, Alemania ha puesto de su parte las ventajas de la iniciativa. La ocupación del Luxemburgo y el paso de un cuerpo de tropas por Bélgica, demuestran que los alemanes no han esperado a conocer el propósito de los franceses, sino que han comenzado a desarrollar el suyo. En el primer período de operaciones, por lo menos en la frontera del N. E. de Francia, han conseguido los alemanes la iniciativa. Es un primer éxito, que puede verse frustrado en el campo de batalla o compensado por otro éxito estratégico que los franceses alcancen en otro lugar del teatro de la guerra.

IV.—Importancia real de la maniobra alemana en Bélgica

Se ha discutido tantos años la probabilidad de que en caso de guerra los alemanes violaran la neutralidad de Bélgica, que es imposible que a los franceses les haya cogido este hecho desprevenidos. Contaban seguramente con él, entre los más probables, y de la misma manera, tampoco los alemanes podían forjarse la ilusión de que sorprenderían, apelando a esa maniobra, a sus adversarios.

Si admitimos que el movimiento principal de los alemanes tiene lugar por Bélgica, tendremos que poner entre sus ventajas la de evitar el tropiezo con el cordón de plazas fuertes francesas de la frontera del Este y la de acortar el camino de París. Pero los inconvenientes anulan con exceso estas favorables circunstancias: se provoca la intervención inglesa, se hace inminente un desembarco británico, que traerá como consecuencia la presencia de un grueso contingente en el flanco del ejército invasor; se deja descubierta toda la frontera francesa, exponiéndola a los ataques de la masa enemiga principal; y, finalmente, no contándose, como parece no se cuenta, con el apoyo de Bélgica, se provoca la hostilidad de una tercera potencia y se expone el ejército a un verdadero desastre en caso de retirada.

Por otra parte, los planes alemanes tienen por regla general varios puntos de coincidencia con los de Napoleón: en el terreno de la estrategia, los generales del Kaiser, lo mismo que aquel famoso capitán, se inspiran siempre en las ideas más sencillas, huyendo de complicaciones y de combinaciones brillantes; el éxito lo fundan más en el vigor y energía de la ejecución, que en lo artificioso del plan. Y dirigir el ataque principal por Bélgica tendría más de artificioso que de bien fundado. Solamente en el caso — que no creo admisible — de que supieran se hallan los franceses del todo desprevenidos en la región del Norte, podría dar buen resultado la maniobra expresada; pero aún así exigiría, para su feliz éxito, que se la acometiera y desarrollara con la más

inusitada rapidez y que la concentración alemana llevara por lo menos una ventaja de ocho días a la francesa: son hipótesis que no pueden aceptarse, dada la perfecta organización del ejército francés y la capacidad de su alto mando.

De aquí que me incline a creer que la invasión de Bélgica, que probablemente ha tenido efecto por uno o dos cuerpos de ejército, sólo obedece á flanquear el movimiento principal, llamando la atención de una parte del enemigo hacia otro punto, y obligándole a dividir sus fuerzas, o, si los franceses no caen en el lazo, a proteger indirectamente la frontera alemana del NO., poniendo al cuerpo que efectúa la diversión en la posibilidad de tomar parte en la batalla, mediante una conversión hacia el S. No creo que tenga otro alcance esta maniobra, suponiendo que sean enteramente ciertas las nuevas que la dan como ejecutada por fuerzas alemanas importantes, cosa que no se podrá comprobar hasta que se verifique el primer choque decisivo.

V. — ¿Cuál será el primer teatro principal?

Los alemanes llevaban a los franceses una ventaja de veintiocho horas en la movilización, ventaja que habrá llegado a dos días teniendo en cuenta que los cuerpos de cortina estaban mejor preparados que los franceses para reforzar sus efectivos y ponerlos en pie de guerra. Se cree así mismo que la concentración alemana será más rápida que la de su adversario, pero la máxima diferencia que habrá entre las dos, si los engranajes franceses han funcionado bien, será de otros dos días. En resumen, los alemanes pueden prometerse una ventaja de cuatro días, pero como serán necesarias de veinticuatro a cuarenta y ocho horas para que el despliegue estratégico tenga lugar, se llega a la conclusión de que el choque se operará a unos cuarenta o cincuenta kilómetros en el interior de Francia. Cual será el punto o la zona elegida, no puede preverse sin poseer datos que sólo tienen en su poder los Estados Mayores de los beligerantes. A veces una simple fortaleza basta para detener dos o tres días a un ejército, y en compensación hay plazas, que parecían importantes, que abren sus puertas sin apenas disparar un tiro; ello depende de una multiplicidad de factores, entre los que figuran el carácter y cualidades personales de las autoridades militares y el espíritu de las guarniciones y de la población. Que habrá sorpresas es indudable; y que ciertos puntos que apenas figuran se harán célebres en la historia, mientras que otros se cubrirán de oprobio, también.

Lo más natural es que la invasión se realice tomando como centro Metz y extendiéndose por el Norte hacia Bélgica y por el S. hasta cerca de Belfort. Todo lo que se oponga al avance habrá de resistir a todo trance o será arrollado. Fuera de estas líneas generales, ni el mismo Cuartel Imperial Alemán sabe lo que pasará ni lo que ordenará: el ejército, con un amplio frente, y de modo que sus cuerpos puedan apoyarse en doce a veinticuatro horas, marchará resueltamente al encuentro del adversario para vencerlo en una o varias batallas allí donde se tropiece con él.

De igual sencillez habrá de ser el plan francés, O se va en busca del enemigo o se combate apoyando-

se en puntos fuertes y en obstáculos del terreno, para hacer perder el tiempo al invasor y dar lugar a que entren en línea los rusos, atrayendo hacia el E. a los núcleos alemanes que podrían apoyar la invasión en Francia.

VI. — El segundo teatro principal

El segundo teatro principal se encuentra en la frontera ruso-alemana. La concentración alemana se concluirá bastante antes que la rusa, pero en cambio es de creer que el ejército del Tzar se concentrará a dos o tres jornadas de la frontera. Fieles a su principio de la iniciativa y la ofensiva, los alemanes invadirán Rusia, no con el propósito de llegar á San Petersburgo o a Moscú, sino que se extenderán por el litoral, procurando cortar las comunicaciones de Rusia con el resto de Europa y llevando la ruina y el espanto al territorio más poblado, más industrial y más adelantado del Imperio, para encender el descontento y la agitación interior. Para esta empresa será indispensable que antes la escuadra alemana del Báltico destruya o derrote decisivamente a la adversaria, y, de concierto con ella, el ejército, con su flanco siempre bien apoyado y asegurados los abastecimientos y la línea de comunicaciones, se extienda por el litoral del Báltico. Esta maniobra tendría como consecuencia el amenazar los movimientos de los cuerpos rusos que marcharan al encuentro de los austriacos, y sería también la que mejor cubriría el camino de Berlín, siempre que se la llevase a cabo con fuerzas importantes.

VII.—Operaciones navales

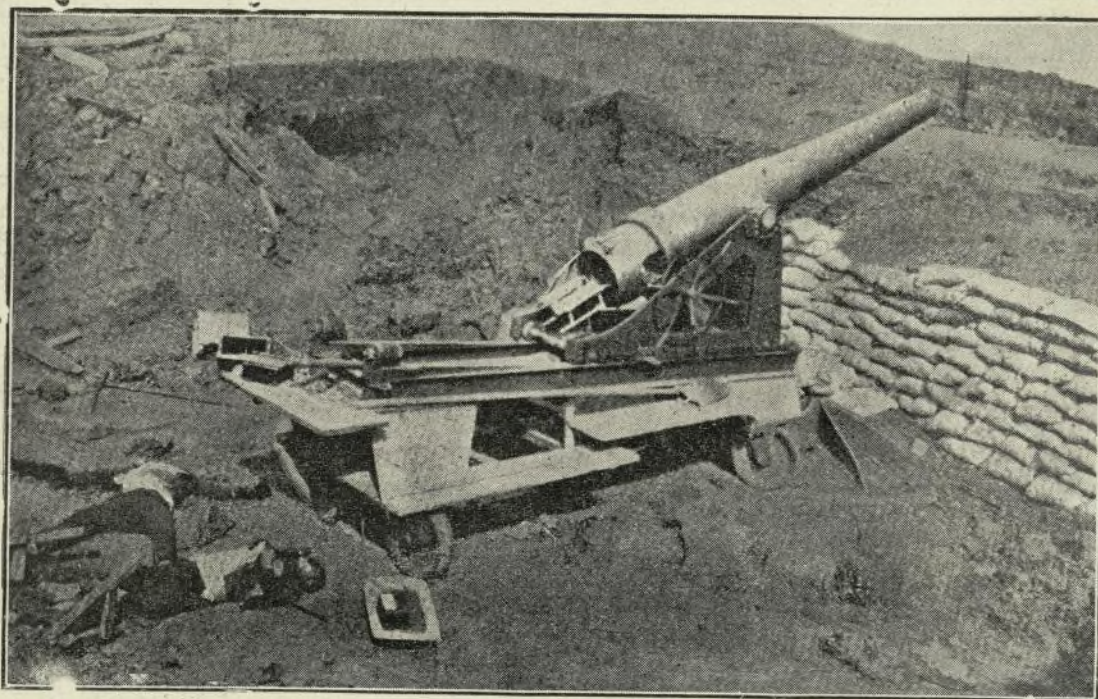
Aunque casi todas las unidades navales de Alemania, entre ellas las de mayor valor ofensivo, se encuentran en el Báltico, no deja de haber algunos buques en el Mediterráneo o en aguas de América y de Asia. Es de suponer que si esos barcos no se han refugiado en puertos neutrales, y en tal caso habrán de desarmar, más o menos pronto, irán siendo apresados o destruídos poco a poco por las divisiones de Inglaterra, mucho más fuertes, y ocupando, sobre todo, situaciones estratégicas insuperables: Malta, Gibraltar, etc.; los barcos franceses cooperarán a la misma acción en el Mediterráneo y en el Atlántico. No serán estos hechos decisivos, pero infligirán un rudo golpe a Alemania, porque su comercio marítimo quedará sin apoyo y habrá de paralizarse totalmente, y las colonias quedarán reducidas a sus propios elementos de defensa, cortos en verdad. Por el momento, Inglaterra no llevará su acción tan lejos, limitándose a cerrar el paso a los pocos barcos alemanes que se encuentran fuera del Báltico o del extremo Este del mar del Norte, pero si la campaña toma un giro favorable para las armas británicas, no tardarán los alemanes en sentir la acción de sus enemigos, en una multitud de puntos a la vez.

Superior a todas luces la flota alemana del Báltico a la rusa, lo que he dicho de la marina alemana en el Atlántico y el Pacífico, es aplicable a la rusa en aquel mar; cuenta ésta, sin embargo, con el apoyo de sus fortalezas y baterías de costa, y tiene, además, en su favor, el ser mucho más reducido su comercio marítimo en aquel mar que el alemán en el resto del

mundo. Parece fuera de duda que la marina alemana dirigirá su primer golpe contra la rusa: dada la superioridad de fuerzas y el modo cómo se desarrollaron los combates navales en la guerra ruso-japonesa, las pérdidas del vencedor no estarán en relación con las del vencido, sino que serán mínimas las del primero y casi totales las del segundo; de todos modos, si la escuadra alemana quiere emprender luego o afrontar una acción contra la británica, se encontrará bastante quebrantada y el desequilibrio de fuerzas se acentuará más. Con todo, creo que Alemania no dejará de esgrimir el arma que más puede lastimar a Rusia, la escuadra, cualesquiera que sean las consecuencias para el resto de la guerra.

donde parten, teniendo que gastar mucho tiempo, consumir muchas municiones y sufrir enormes pérdidas antes de poder contrabatar con éxito a la artillería enemiga. Esto se puso por primera vez de manifiesto en la batalla de Tachi-chao, en la guerra de 1904-905, y desde entonces el tiro a cubierto se ha recomendado unánimemente.

No lo ha desechado ni despreciado la artillería alemana, pero la tendencia a que se inclina no es ésta. Persuadida de que la artillería, antes que de responder al fuego de la enemiga, ha de apoyar a su infantería y batir a la adversaria, los alemanes entienden que las piezas no han de vacilar jamás en exponerse al descubierto y afrontar las más serias



Estado de uno de los fuertes de Belgrado, después del bombardeo de los monitores austriacos

VIII.—Los métodos de combate de las dos artillerías: alemana y francesa

Una de las cuestiones más debatidas desde 1900 acá entre los especialistas y tácticos, es el método de combate preferible para la artillería de campaña.

Los reglamentos tácticos de artillería francés y alemán apenas difieren en el fondo y en la forma, pero la doctrina, que palpita en las prácticas y en el modo de pensar de las oficialidades respectivas, da a entender que la conducta que las dos artillerías observarán en el campo de batalla diferirá esencialmente. Recomendando a mis lectores tengan en cuenta lo que va a seguir, para cuando comience a saberse cómo se han desarrollado las batallas.

Los modernos cañones de tiro rápido son tan perfectos, y los métodos de tiro tan exactos, que hace ya más de doce años se viene preconizando la necesidad de que la artillería se ponga a cubierto para empeñarse en la batalla, y abra y sostenga el fuego desde posiciones cubiertas, situadas detrás y a mayor o menor distancia de las cumbres; este método no disminuye en nada la corrección y exactitud del tiro, y ofrece la inapreciable ventaja, gracias a la pólvora sin humo, de ocultar al enemigo la posición de las baterías; el adversario recibe proyectiles y no sabe de

eventualidades, incluso exponerse a su destrucción total, si con ello pueden conseguir que su infantería avance antes y más deprisa; es decir, que subordinan la acción de la artillería al ataque de la infantería, método completamente diferente del que siguieron durante la guerra de 1870. Ha de verse en ello la confirmación del espíritu de ofensiva a todo trance y cueste lo que cueste antes aludido, y la preferencia por el ataque a fondo, brutal, sin contemplaciones, en el que las bajas y la pérdida de material es lo de menos, y la prontitud del éxito lo es todo.

Los franceses, en cambio, se inclinan en favor de las posiciones cubiertas, y sostienen que la artillería que se presente a las vistas de la enemiga sucumbirá en breve tiempo sin utilidad ninguna para las demás tropas de su propio bando. Más juicioso y razonable este procedimiento, lleva en sí un motivo de debilidad: el reconocimiento implícito de inferioridad, el abandono de la ofensiva. Además, los cambios de posición, la recomendación tan reiterada de que la artillería acompañe y secunde el ataque de la infantería, no pueden seguirse con tanta prontitud si se buscan y ocupan posiciones a cubierto, de suerte que este tiro es más propio para la defensiva que para la ofensiva, o para ser ejecutado por un ejército bastante menor en número. Conviene advertir que

teniendo la batería alemana seis piezas y cuatro la francesa, la movilidad de esta última es mayor, pero el número de piezas por cuerpo de ejército es superior en el alemán.

Hay artilleros franceses que se inclinan por el método alemán, de la misma manera que abundan los artilleros alemanes que reconocen las ventajas de lo que pudiera llamarse sistema francés; pero ambos procedimientos pueden y deben denominarse francés y alemán. Este último dará por resultado el aumento del número de bajas, tanto en el atacante como en el defensor, porque si bien el primero se expondrá y descubrirá más, en cambio se situará en mejor posición para batir al enemigo.

como debían ser. Los franceses las abandonaron y tardaron cerca de treinta años en salir del injustificado ostracismo a que se las condenó.

Los aeroplanos en primer término, y después los dirigibles, son ante todo elementos de exploración y reconocimiento, pudiendo servir como armas sólo en segundo lugar y de una manera circunstancial. En el primer concepto, darán resultados inapreciables, a pesar de no poderse asegurar el vuelo en todo tiempo ni sobre toda clase de terrenos.

Pero su rapidez y el gran radio de acción, así como el no ser detenidos por tropas ni fronteras, les colocan en una situación sin rival. Cooperadores de la caballería en indagar y descubrir lo que ocurre en



Artillería pesada de campaña, serbia

IX.—Los dirigibles y aeroplanos

Tanto se han ponderado las excelencias de los dirigibles y aeroplanos, que aún los mismos técnicos llegaron, antes de la guerra, a afirmar que las campañas de lo porvenir—no imaginaban que estuviera tan inmediato—revestirían un carácter nuevo y desconocido. Y apenas declarada la guerra, desde las costas inglesas y desde el territorio francés, comenzando por París, se aguarda con ansiedad y espanto la presencia de algún poderoso dirigible alemán, que derrame la muerte y la destrucción sobre las poblaciones y los ejércitos, a la par que se espera con impaciencia y ardiente esperanza que los aviadores franceses arrasen a Alemania entera. No hay para tanto, ni ha de ser tan decisiva como se cree la intervención de los aviones. Ocurrirá con ellos algo parecido a la que aconteció con las ametralladoras al estallar la guerra de 1870: los franceses creían tener en sus manos la panacea de la victoria y veían ya abierto el camino de Berlín, sembrado por cadáveres de prusianos cuya vida había sido segada por aquellas modernísimas armas de destrucción. El fracaso de las ametralladoras fué completo, y no porque esas armas se condujeran mal, sino porque se trató de convertirlas en arma principal, en lugar de auxiliar,

el frente del ejército enemigo, llevarán su indagación a retaguardia de éste y aun más allá, y el general en jefe podrá saber con oportunidad muchos datos de que carecía hasta ahora para fundamentar los movimientos de sus tropas. A esa exploración aérea se opondrá el enemigo con aviones de la misma clase, y con el tiro de cañones especiales, que poseen los dos ejércitos, aunque en mayor número el alemán, montados algunos en automóviles acorazados. De esperar es que se traben en el aire luchas espantosas, aunque lo más frecuente será que se utilice como arma defensiva y ofensiva la velocidad, que es la más eficaz para escapar del peligro y reconocer lo que interesa.

Los dirigibles se prestan más a su utilización como arma, porque desde su barquilla pueden arrojar proyectiles y materias inflamables. Con todo, el tiro desde lo alto no es lo preciso y seguro que vulgarmente se cree; para que tenga eficacia y grandes probabilidades de no resultar estéril, es menester que el blanco sea muy extenso, como el campamento de una gran unidad, una obra de fortificación de grandes dimensiones, una plaza fuerte. París está muy amenazado y sería muy vulnerable, aunque se adopten todas las precauciones imaginables para repeler el ataque de los dirigibles, como son los proyectores

aéreos, el vuelo casi ininterrumpido de algunos aeroplanos, etc. Pero como hasta ahora no se ha empleado en la guerra esta arma aérea, sus primeras apariciones despertarán grande emoción en todos los pueblos, y la conciencia universal reprobará, sencillamente por la falta de costumbre, lo que reputará de atentado a la humanidad.

Así, los alemanes probablemente no lanzarán sus dirigibles contra París o las plazas fuertes hasta que puedan argüir que el enemigo ha sido el primero en servirse de tales aparatos, o hasta que consideren indispensable valerse de todos los medios para triunfar. Un ataque aéreo contra París en los momentos presentes, antes contribuiría a exaltar los sentimientos de los franceses que a desalentarles; otra cosa será si le precede alguna derrota que haga vacilar las esperanzas de triunfo que alimentan. Y lo mismo puede decirse de los alemanes en lo que atañe al empleo de los dirigibles franceses.

En compensación, tengo por seguro, aunque nada han dicho los despachos telegráficos, que hace días han entrado ya en acción los aeroplanos de uno y otro ejército y que se está verificando una exploración aérea activísima sobre todo el territorio comprendido entre el Rhin, Amberes, París, Belfort. Serán tan interesantes los detalles de lo que ahora se está realizando por los aires, que los comunicaré a los lectores apenas los reciba.

X.—Lieja

Bélgica, que por su situación está en el lugar más peligroso de Europa, no confió, con excelente acuerdo, en los Tratados para mantener su neutralidad y la integridad de su territorio, sino que se propuso, hace ya muchos años, encomendar ambos fines a su ejército. Rodeada por poderosos vecinos, fuera una ilusión pensar que les podría contener en campo abierto, por lo que imaginó un sistema de plazas fuertes que dominaran la frontera alemana, la francesa y la desembocadura del Escalda, que tantos apetitos, esta última, despierta en Inglaterra. Así, creó los campos atrincherados de Amberes, en el Escalda; Lieja, frente a Alemania, y Namur, frente a Francia.

Maestros los belgas en fortificación permanente, el campo atrincherado de Amberes (objeto en los últimos años de simplificaciones y mejoras importantes) se compone de un núcleo central y una fortísima línea de fuertes destacados, a varios kilómetros de la población. El segundo lugar en importancia lo ocupa el campo atrincherado de Lieja, y figura en tercera línea el de Namur.

Los tres están dotados de todos los elementos defensivos imaginables; cañones de gran calibre abrigados en cúpulas de acero giratorias; locales cubiertos y a prueba de bomba; caminos militares para que la artillería de la defensa móvil se pueda trasladar de un punto a otro; baterías abundantes, con afustes de eclipse, que permiten tener oculto y bajo el cañón para la carga y limpieza, y sólo asoma en el momento de disparar; fosos que se inundan de agua en los fuertes inmediatos a los ríos, y están perfectamente flanqueados por caponeras enterradas, dotadas de artillería. En una palabra, se llevaron a esos campos atrincherados, sobre todo al de Amberes, todos los

adelantos de la ciencia y los progresos de la industria.

Cada uno de los tres campos cuenta, ya desde el tiempo de paz, con guarnición especial, afecta exclusivamente a él. El ejército de campaña, cuya organización ya se describirá, tiene por objetivo maniobrar apoyándose en aquellos puntos, para contener al invasor, y, en último caso, refugiarse en ellos para continuar la resistencia, siendo Amberes el baluarte último de la independencia del reino.

La guarnición de Lieja la componían, al decretarse la movilización, los regimientos de infantería 12, 12 bis, 14 y 14 bis, dos compañías de ametralladoras, 19 baterías (114 cañones), cuatro escuadrones, un batallón de ingenieros, siete compañías de transporte y una de gendarmería: en total, una vez movilizado el ejército, 800 oficiales, 16.000 hombres, 560 caballos y 114 piezas. Ha de tenerse por seguro, sin embargo, que antes del ataque de la plaza se había concentrado en Lieja toda la 3.^a división y parte de las 1.^a y 5.^a; en compensación, fué tan brusca y rápida la acometida de los alemanes, que la movilización belga no debió estar terminada el día 4, de modo que la prudencia aconseja reducir a 35.000 hombres, el efectivo del defensor. La fuerza de éste, empero, residía en lo potente y completo del artillado y de las fortificaciones.

Hasta tal punto tenían confianza los belgas en sus campos atrincherados, que admitían como indiscutible una resistencia de dos meses para Namur, tres meses para Lieja y un año para Amberes, por fuerte y numeroso que fuera el enemigo que los atacara.

El día 4 los alemanes, cruzando la frontera y apoyados en su izquierda por los contingentes que habían entrado en Luxemburgo, invadieron a Bélgica. Probablemente, el 7.^o cuerpo de ejército (40.000 hombres) asumió el primero la ofensiva; cubierto por fuertes destacamentos de caballería con artillería, rechazó a la caballería belga y a los núcleos de infantería apostados en observación cerca de la frontera y se presentó a la vista de Lieja, el día 5, comenzando acto seguido el ataque con la artillería pesada de campaña. En segunda línea, el 10.^o cuerpo ha debido entrar también en Bélgica junto a la frontera de Holanda, y el 6.^o cuerpo a su vez coopera en estos movimientos.

La resistencia material de los fuertes de Lieja es considerable, porque sus elementos ofensivos, la artillería, está en gran parte muy protegida contra el tiro enemigo; de aquí que sea difícilísimo el apoderarse de uno de esos fuertes a viva fuerza, ni aun haciéndolo preceder de un violento cañoneo. Pero esos fuertes por sí mismos no tienen importancia grande; ella proviene de que a su amparo puede mantenerse un ejército más o menos numeroso, capaz de molestar el avance enemigo, con sólo dirigir demostraciones contra el flanco y la línea de comunicaciones del invasor. La experiencia de las guerras últimas enseña que una plaza fuerte sólo es importante entregada a sus propias fuerzas, cuando cubre y barra un punto de paso obligado; y aunque Lieja es cabeza de puente sobre el Mosa, no les es absolutamente necesaria su posesión a los alemanes, en ese concepto, porque han establecido ya puentes aguas abajo y franqueado aquel río. Más que la conquista de los fuertes, interesa a los alemanes la derrota del ejér-

cito belga reunido en ese campo atrincherado, porque una vez conseguido este objetivo la caída de los fuertes es sólo cuestión de tiempo, a lo sumo el que tardan en agotarse los abastecimientos del defensor. Les bastaría observar los fuertes con pequeños destacamentos, y podrían continuar su rápido avance hacia el Oeste, para amenazar la frontera N. de Francia y prevenir el ataque directo de los ingleses.

Sentados estos antecedentes, no es de suponer que los alemanes se resignaran a perder un tiempo, para ellos precioso, con la expugnación regular o paso a paso de las defensas de Lieja; el plan más lógico consistiría en romper violentamente la línea de fuertes, atropellando las baterías y fortificaciones de campaña establecidas en los intervalos, derrotar al ejército móvil y empujarlo al N., poniéndolo fuera de combate. Esto es lo que han hecho, en cuanto cabe deducir de las noticias contradictorias, muchas de ellas a todas luces falsas, de la prensa francesa e inglesa. A mi juicio, no solamente Lieja cayó en poder de los alemanes el día 7, sino que uno o varios fuertes fueron también tomados; la débil resistencia que continuarán presentando los restantes, uno o más, da pábulo a las tendenciosas informaciones de estos días. Tengo para mí que la suerte de Lieja ha sido definitivamente resuelta, y que las vanguardias alemanas han llegado mucho más al oeste. Acaso pasará mucho tiempo antes de que los franceses y belgas confirmen oficialmente la caída de Lieja; este acontecimiento se deduce, no obstante, de otras noticias indirectas que la rigurosa censura de aquellos países ha dejado circular.

Como quiera que sea, asombra este rasgo de audacia de los alemanes y el éxito que le ha acompañado. Por fuertes que sean los obstáculos pasivos y mortífero el tiro de la artillería de gran calibre, puede más siempre en la guerra el elemento hombre. Los corazones, la voluntad, la energía, la perseverancia a prueba de contratiempos, y no las balas y los sables, son los factores que ahora, como hace veinte siglos, resuelven las batallas.

9 agosto 1914

JUAN AVILÉS,
Teniente Coronel de Ingenieros.

LA PARTE JOCOSA DE LA GUERRA

Si no fuera tan triste cosa la guerra, habría que regocijarse de que haya estallado porque nos ofrece abundantes materias para alegrar el ánimo y prorrumpir en carcajadas. No hay para menos con lo que nos cuenta la prensa, y el buen público, inocente y crédulo, se traga de buena fe.

En los momentos en que escribo estas líneas está despertando los sentimientos belicosos de las gentes un despacho oficial que un periodista ha recibido de Bayona, nada menos que de Bayona, anunciando una horrible batalla en la frontera franco-alemana, en la que los franceses han perdido 12.000 hombres y 35.000 los alemanes. Lo gracioso del caso es, que en el despacho (?) se mezclan Strasburg y Chalons, pasando por Nancy, es decir, que la batalla ha tenido lugar en una profundidad de más de 100 kilómetros, no en un frente de esa distancia, sino en una profundidad; claro es que el frente se habrá extendido

desde Bélgica hasta Bayona, y por eso se habrá sabido en esta última población. Apenas refida, los franceses se han apresurado a contar las bajas y preguntar a los alemanes cuáles han sido sus pérdidas, para anunciárselo al periodista de Bayona. ¡No en balde Bayona comenzó a brillar en la historia desde los tiempos de Carlos IV y Fernando VII!

En otros despachos, éstos, repetidos y acogidos a ciegas con unanimidad, se da de la invasión alemana la siguiente versión: los prusianos quisieron entrar en Francia pasando por Bélgica, pero fueron rechazados, y entonces se corrieron y procuraron penetrar por Nancy y Metz. De manera que en el breve espacio de doce a veinte horas, se admite que varios centenares de miles de hombres se trasladen, en país casi enemigo, a 200 kilómetros de distancia. No imaginaba que tuvieran tantos dirigibles para pasajeros los alemanes. La verdad es que la ciencia (de la guerra) ha progresado una barbaridad y nada puede ya sorprendernos.

De los combates navales no hablemos. El terrible cañonero *Panther*, cuya potencia militar recuerda la del célebre barco portugués *O Terror dos Mares*, con sus buenos cien hombres de dotación, ha sido destruido, a la vez, en tres lugares diferentes y por barcos franceses y británicos. Una vez se ha hundido para siempre cerca de Canarias, echado a pique por los ingleses; otra vez, los galos lo han enviado al otro mundo en las costas de Argelia, y, finalmente, los mismos galos lo han despedazado en las costas del Atlántico, cerca de Francia. Sin duda así habrán conseguido que el terrible y poderoso *Panther* no vuelva a repetir las proezas de Agadir, a menos de que tenga cuatro vidas.

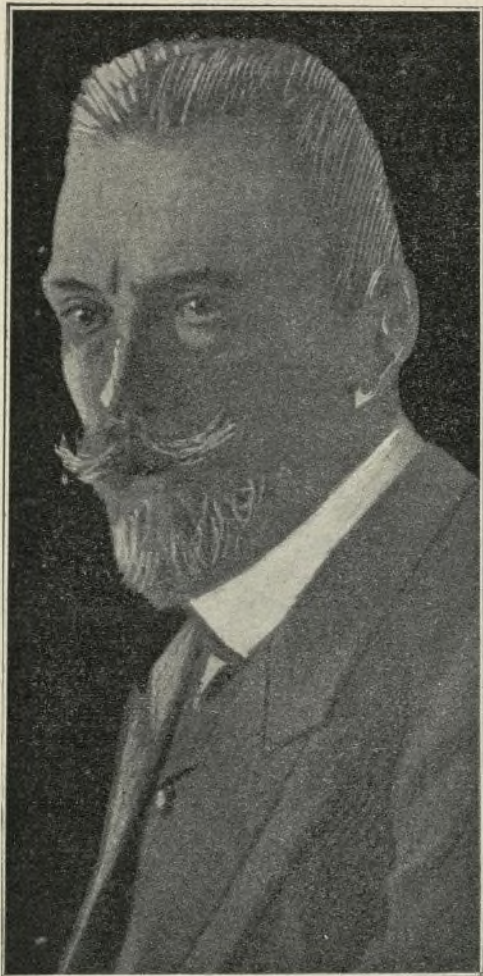
De la misma manera la escuadra rusa ha sido destruida ya dos o tres veces en el Báltico; el puerto moscovita de Libau ha ardido qué se yo en cuantas ocasiones, y los barcos ingleses no saben ya qué hacer con los innumerables buques de guerra alemanes que han apresado hasta ahora.

De batallas en las que los aduaneros franceses rechazan las invasiones alemanas no hablemos; esos aduaneros van a obscurecer el brillo adquirido por los hulanos en la guerra de 1870; más valiera que los tales se dedicaran a decomisar noticias falsas, lo que está más en armonía con sus funciones fiscales.

Otra particularidad sorprendente es que las noticias más oficiales y verídicas llegan siempre de puntos bien informados porque se encuentran en el teatro de la guerra o muy cerca de él: por ejemplo, Bayona, Santa Cruz de Tenerife, Tokio, Malta, Burgos, etc.

Y los Ministros y Embajadores de las Potencias interesadas en el conflicto no se han de quebrar los cascos en establecer comunicación directa entre sí, porque se les da todo el trabajo hecho, con carácter oficial, por de contado, desde esos lugares donde por lo visto se han reunido los servicios de información y espionaje de las naciones beligerantes.

¡Si supieran, los que inventan y propalan esas noticias, cómo se ponen en ridículo! A bien que les importa una higa, porque como nadie sabe quienes son... Y lo más notable del caso es que la gente de buena fé, que abunda casi tanto como lectores tiene esa gran prensa, tomando como artículo de fe los platos fuertes que se le sirven, da rienda suelta a sus



El canciller del imperio alemán Herr von Bettmann Hollweg



General Liautey, Comandante en Jefe del ejército francés en África



Compañía belga de perros de exploración y tiro

Ayuntamiento de Madrid



El Kaiser en las maniobras imperiales, hablando con el archiduque heredero de Austria, recientemente asesinado en Serayevo



Gran duque Nicolás. generalísimo del Ejército ruso



General Sujomlikow, ministro de la Guerra de Rusia

Ayuntamiento de Madrid

conocimientos estratégicos y tácticos. Apenas quedan cucharillas y tazas en los cafés donde se reúnen los estrategas de nuevo cuño. No hace una hora hemos sorprendido, porque también algo habíamos de sorprender nosotros, una conversación en la que los interlocutores hablando de la batalla de Nancy-Strasburgo-Chalons, explicaban y comentaban los movimientos de la derecha alemana, partiendo de Strasburgo, y el contraataque de los franceses desde la izquierda de Chalons; ¿qué hubieran dicho esos guerreros si supieran que hablaban de puntos separados entre sí centenares de kilómetros? ¡Qué fácil es manejar ejércitos y ganar victorias cuando se está en pleno horror de la digestión! ¡Cuántos zapateros malogrados se encontrarían entre esos insuperables Napoleones! ¡Pero la culpa principal de ese delirio bélico y de esa improvisación de grandes capitanes la tienen los periodistas que reciben despachos oficiales de Bayona y de Canarias, de Malta y de Burdeos...!

SUBRIO ESCÁPULA

LA SITUACION ALEMANA ES MUY DELICADA

Paralizado el comercio mientras dure la guerra, la crisis económica se ha dejado sentir antes ya de que estallara el conflicto. Pero no todas las naciones sufrirán aquella paralización en igual grado. Desde luego la más perjudicada es Rusia, pero como la industria y el comercio son aun rudimentarios en aquella nación, y no tendrán que paralizarse las transacciones con Asia, soportará mejor o peor la crisis, aunque sin comprometerse la vida normal del país, esencialmente basada en la agricultura y en las industrias del campo.

Dueña Inglaterra de los mares, excepto del Báltico, podrá continuar como hasta aquí, con cortas diferencias, su existencia mercantil; y lo mismo le acontecía a Francia que tendrá libres su litoral del Atlántico y del Mediterráneo. Los perjuicios que la guerra cause a ambas potencias, con ser graves e importantes, no revestirán los caracteres críticos de una paralización casi completa.

Pero Alemania, que tiene cortadas sus comunicaciones comerciales con casi todo el mundo, ¿cómo afrontará la situación que le amenaza? Excepto el corto comercio que realice por la frontera de Austria y el indirecto con Italia, y el litoral sólo en parte del Mediterráneo, no puede ya relacionarse, ni con sus colonias, ni con América y Asia, ni con el resto de Europa. De manera que los perjuicios financieros y comerciales que esta guerra supone para Alemania, son por lo menos cuatro veces mayores que los que tengan que lamentar Francia e Inglaterra; y como su resistencia económica es menor que la de las dos potencias enemigas, claro es que se le prepara una crisis tremenda de la que apenas podemos formarnos cabal idea. Y esta crisis no será de dos o tres meses de duración; sería un milagro que la guerra se resolviera en tan corto espacio de tiempo: lo más probable es que dure un año aproximadamente. sobre todo, si es Francia la que lleva la mejor parte.

¿Podrá resistir Alemania tanto tiempo? Cuando se ha lanzado a la guerra, es de suponer que habrá

tomado sus medidas, y que el Kaiser y su Gobierno creen contar con elementos bastantes para afrontar la situación que se les prepara; pero de todos modos este aspecto del problema es positivo y cierto y, más o menos pronto, ha de pesar en la resolución final. Grande es la responsabilidad que ha echado sobre sus hombres el Kaiser, porque no se trata ya de ganar o perder la campaña, sino de la definitiva ruina o del arianamiento inmovible de todo el comercio, y por lo tanto de la prosperidad del imperio entero.

LA NEUTRALIDAD DE BÉLGICA

Tema frecuente de la prensa extranjera ha sido, en los últimos años, la cuestión de saber si en caso de guerra sería respetada la neutralidad de Bélgica. La opinión general era, que tanto Alemania, como Francia y como Inglaterra, no titubearían en invadir el pequeño reino y valerse de él para los movimientos de sus tropas, si así convenía a sus fines militares. Se dió primero como descontada la entrada de los alemanes; más tarde, los ingleses se comprometieron a garantizar la neutralidad de Bélgica, y Francia retiró gran parte de las tropas que tenía en la frontera del Norte para acumularlas en la del E. Pero las seguridades dadas por Inglaterra no debieron inspirar mucho confianza a los franceses, en época posterior, porque recientemente la República volvió a cubrir fuertemente aquella frontera.

Acaso en la semiaproximación anglo-alemana de hace dos años ha de buscarse la causa de que Inglaterra haya abandonado las medidas de previsión que tenía adoptadas para desembarcar un cuerpo expedicionario tan luego como los alemanes violaran la neutralidad. Lo cierto es que los ejércitos del Kaiser se han adelantado a todos, y que el paso de tropas extranjeras por el territorio belga es un hecho consumado.

Por triste y doloroso que sea confesarlo, hay que reconocer que en tiempo de guerra la palabra derecho carece de sentido. Si al interés nacional de un fuerte Estado le conviene atropellar, aunque sea con toda clase de miramientos y respetos, la jurisdicción ajena, no vacila en efectuarlo: tiempo y ocasión habrá después para resarcir ampliamente los perjuicios causados.

En el caso presente, ha sido la Potencia mejor preparada la que ha violado la neutralidad belga. Parece indudable que hubiesen obrado de la misma manera, en circunstancias propicias, Francia e Inglaterra.

El rey Alberto ha protestado virilmente del atropello de la fuerza y ha dirigido un ardiente llamamiento al pueblo para defender sus derechos e intereses. Pero todo aquel que haya seguido con antelación la gestación de los acontecimientos actuales, adivinará que este hecho del paso de las tropas alemanas no ha sorprendido ni ha sido inesperado para los belgas.

¿Reclamarán acaso éstos el apoyo de Francia o el de Inglaterra para arrojar de su país a los alemanes? Equivaldría esto a huir de un peligro para caer en otro peor. Hace mucho tiempo que la Gran Breta-

ña acaricia la idea de sentar su planta en las costas belgas y holandesas, porque así pondría en condiciones de absoluta seguridad la metrópoli y sería la dueña y soberana del mar del Norte. En cambio, si otra gran Potencia naval—Alemania—desembocara en aquel mar por Bélgica o por Holanda, el espantajo de un temido desembarco en Inglaterra adquiriría todos los caracteres de la realidad en plazo más o menos corto, nunca largo. No le bastarían ya al poderoso Imperio sus formidables escuadras, sino que le sería indispensable reorganizar seriamente su ejército, bajo el pie del servicio obligatorio, con una probable conmoción interior de descontento y protesta.

Por eso mientras solo se ha tratado de la guerra entre Francia y Alemania, Inglaterra ha permanecido en una actitud ambigua, limitándose a brindar a la primera un apoyo más ilusorio que eficaz: el de la protección de las costas francesas del Atlántico. Pero en cuanto ha visto los cascos prusianos en los campos belgas, todo el país, hablando por boca de sus ministros Asquith y Grey, ha lanzado un grito de ira y ha desenvainado la espada; no es ya el amor problemático a su aliada el que mueve a la Gran Bretaña, sino el sentimiento de la seguridad nacional, amenazada seriamente, tanto más si no se olvida que hay un acuerdo tácito, cuyo alcance se ignora, entre Alemania y Holanda.

Creemos firmemente que será respetada la integridad de Bélgica; si desgraciadamente no fuera así, al cesar la presente guerra se habría sembrado la semilla de otra no menos sangrienta para un porvenir no remoto. Porque si fuera Inglaterra la que ocupara las costas belgas, acabarían Francia y la misma Alemania por concertarse contra aquella, y lo mismo acontecería con Francia e Inglaterra contra Alemania de ser ésta la opresora. Extremadamente decisiva habrá de ser la guerra, para que una Potencia, sea la que fuera, se atreva a realizar una empresa de tan graves consecuencias.

Los belgas se dan perfecta cuenta de estos peligros, y en tal concepto les conviene reservar sus fuerzas para defender su independencia, no destrozándolas ahora en oponerse al paso de tropas extranjeras. Creemos, en resumen, que por ahora Bélgica no intervendrá en la lucha, manteniéndose a la expectativa por si se presentan más peligrosas eventualidades.

No es, pues, el deseo de auxiliar a Francia, sino el de evitar que Bélgica caiga en manos—moral o materialmente—de Alemania, el que ha llevado a la guerra a la Gran Bretaña, cuya única y eterna polí-

tica es la de la conveniencia nacional, con exclusión de cuanto rezen los tratados escritos.

Y por eso precisamente es menester presentar a la opinión francesa e inglesa como un atropello desusado la conducta de Alemania, para justificar la intervención de la Gran Bretaña, aunque sea con fines que acaso convengan muy poco a los belgas. Porque les bastará a los alemanes utilizar el territorio neutral para descartar peligros y afianzar la invasión en Francia, mientras que los ingleses es probable que tomen medidas de más alcance. Es difícil, en resumen, la conducta del Gobierno belga, de la que tardaremos algún tiempo en tener noticias exactas y verídicas.

S. DE B.

3 agosto 1914.

RUMANÍA

Hay un pequeño reino en el Extremo Oriente, que está llamado a desempeñar un papel decisivo en el choque de los eslavos, bien contra los húngaros y germanos, ya contra los turcos: Rumanía. Enclavado entre pueblos eslavos, solo podrá conservar y garantizar su independencia en tanto se hallen muy divididos, como ahora, los Estados balcánicos y Austria se halle en aptitud de contener a Rusia.

El día que Serbia ó Bulgaria sean Potencias fuertes y que Hungría desaparezca o se declare independiente, Rumanía vendrá a ser como un pobre islote en un inmenso mar eslavo, y habrá de sucumbir, pese a su patriotismo y a su excelente organización militar.

De la misma manera que en 1913 Rumanía no toleró el excesivo engrandecimiento de Bulgaria—que significaba el declinar de aquella—, tampoco ahora podrá permitir que Austria-Hungría sea destrizada y Serbia pueda darse directamente la mano con Rusia.

Su intervención en la guerra complicaría extraordinariamente el problema, porque a la entrada en línea de Rumanía seguiría la de Bulgaria, y por consiguiente la de Turquía y Grecia. En tal caso, la conflagración adquiriría un vuelo inmenso.

No olvidemos que en 1913 el papel de Rumanía, por modesto que apareciera, fué el decisivo; lo mismo podría suceder ahora en el teatro oriental de la guerra; y al igual que advertimos en 1912, no dejemos de conceder toda la atención a lo que haga aquel reino, que, si pequeño por su territorio, es grande por su cohesión y su fuerza militar.

CRÓNICA INTERNACIONAL

¿Quién ha empujado a Europa a la guerra? — Las vacilaciones de Francia y Alemania

¿Quién ha empujado a Europa a la Guerra?

Rusia ha sido la culpable de que se desencadene la tempestad.

Las reclamaciones de Austria contra Serbia esta-

ban sobradamente justificadas, porque era realmente intolerable que un pueblo pequeño se complaciera en burlarse de su vecino poderoso y fomentara por todos los medios la intranquilidad y la rebelión en las provincias eslavas de Austria. Ultimamente, el

atentado de Serayevo colmó la paciencia austriaca, toda vez que de la investigación efectuada resultó que habían tomado parte en el complot funcionarios oficiales serbios; desgraciadamente, no es esta



El príncipe heredero y regente del reino de Serbia, generalísimo del Ejército

vez la primera en la época presente, en que se mancha la reputación de Serbia con crímenes tan abominables. Podrá discutirse si era o no demasiado apremiante y altanera la nota Serbia, pero en lo que no cabe duda es en que, hace tiempo, tenía Austria motivos sobrados para lanzarse contra su minúsculo vecino. Contaba éste con la protección de Rusia y no respetaba a nadie ni nada.

Extinguido el 25 de julio el plazo señalado para que Serbia diera contestación satisfactoria a la nota austriaca, y declarada la guerra acto seguido, Rusia, sin previa comunicación ni aviso, ni menos explicación, procedió a comenzar la movilización de su ejército. Apenas enterada Alemania, pidió explicaciones a Rusia, dándole a entender la gravedad de la medida, que no podría menos de acarrear la movilización del ejército alemán. A pesar de esto y de los despachos cruzados entre el Kaiser y el Tzar, por iniciativa del primero, Rusia prosiguió la movilización; Alemania acudió entonces al estado de guerra (kriegszustand). Esto tenía lugar el día 31 por la noche, y acto seguido el Gobierno de San Petersburgo se dirigió al de París, diciéndole que Alemania movilizaba en secreto. Francia movilizó a su vez por decreto del día 1.º de agosto, y estando ya armados los dos vecinos, fué la guerra inevitable.

De esta suerte, mientras en Inglaterra, en Francia, en Alemania y en Italia se proseguían activamente las negociaciones y se buscaba febrilmente una fórmula que evitara la guerra, Rusia procedía

manu militari y se desentendía de toda gestión amistosa. ¿Iba acaso Alemania a presenciar impasible cómo se movilizaba el ejército ruso y se aproximaba a sus fronteras, y se conformaría con ver acercarse el incendio a su casa, sin tomar medida ninguna de precaución? ¿No movilizó también Francia en cuanto supo que lo hacía Alemania? Rusia es por consiguiente la que ha precipitado los acontecimientos. Situaciones de tirantez análogas a las del atentado de Seraveyo se habían producido en los últimos años entre Austria y Serbia, sin que Rusia llegase a conmoverse ni a llevar la mano a la espada; y en esta ocasión le ha faltado tiempo para manifestarse resueltamente agresora. Nótese la coincidencia de esta actitud con el viaje de Mr. Poincaré a Rusia; y aunque parece indudable que el Presidente de la República francesa era ajeno a estas maquinaciones, tanto porque al salir de Francia, Austria aun no había presentado su *ultimatum*, como porque de haberse previsto un conflicto inminente no habría marchado a Rusia el presidente del Gobierno, y en todo caso Mr. Poincaré habría apresurado su regreso desde el primer momento, habrá de convenirse en que no le faltaban a Alemania motivos de inquietud y de preocupación, que le llevaran a no descuidar sus preparativos militares.

Las vacilaciones de Francia y Alemania

Ordenado el 31 de julio el Kriegszustand y el 1.º de agosto la movilización francesa, el embajador alemán permanece todavía tres días en París, manteniéndose constantemente al habla con Mr. Viviani, presidente del Consejo de Ministros. Para nadie es



El Conde Berchtold

un secreto que la guerra ha sido declarada de hecho, o mejor dicho, que se está en guerra sin necesidad de previa declaración; pero diplomáticamente y oficialmente las dos naciones siguen siendo amigas.

¿Pretenden acaso los estadistas engañarse? Sería pueril creerlo, pues los hechos eran más poderosos que las razones y habían ya comenzado los tiroteos en la frontera común. No cabe más que una de dos hipótesis: O deseaba cada nación que fuera la otra la que declarase la guerra, para tener el derecho de reclamar a sus aliadas (Inglaterra e Italia) el concurso previsto en los tratados, o estaban Francia y Alemania apurando las últimas gestiones para poner de su lado a dichas aliadas. No cabe suponer que tratasen de ganar tiempo para la movilización de sus tropas respectivas, toda vez que la movilización en las dos naciones era ya pública y se realizaba con toda actividad. Tal vez, todavía, intentaba Alemania una última gestión diplomática cerca del gobierno de Bélgica? Alemania fué la primera que tuvo despejada su situación; supo probablemente el día 1.º, que Italia no tomaría parte en modo alguno en el primer período de la guerra—este proceder de Italia ¿no será de acuerdo con Alemania?—, y ya no tuvo interés en aguardar más. Si hubiera seguido siendo nebulosa la actitud de Italia, nada obligaba a Alemania a mantener a su embajador en París hasta que el gobierno francés le diera sus pasaportes.

Del 30 de julio al 4 de agosto hubo, pues, un activísimo movimiento en las cancillerías, cuyos resultados aún permanecen secretos, porque no están despejadas las incógnitas de Italia, Bélgica y los Estados balcánicos.

F. LARIN.

LA FLOTILLA DE GUERRA AUSTRIACA DEL DANUBIO

Su misión consiste en dominar dicho importante río, destruir los barcos del adversario o sus estableci-

mientos inmediatos a las orillas, rechazar las fuerzas adversarias, proteger o impedir las operaciones de paso del río o el tendido de puentes en él, convoyar los transportes fluviales, establecer barreras y minas marinas y efectuar ciertas demostraciones y reconocimientos.

Su campo de acción se extiende a todo el Danubio aguas abajo de Passau, y aún remontar la corriente hasta Ratisbona si las aguas no están bajas; puede también navegar en el Drave, el Save y el Theiss.

La flotilla se compone de 6 monitores y 7 barcos exploradores. Los monitores llevan hélices de propulsión, están acorazados y pueden desarrollar una velocidad de 16 a 18 kilómetros río arriba y 28 a 32 kilómetros en el sentido de la corriente. Su calado es de 1,20 metros, necesitando para navegar una profundidad de agua de 1,50 metros. Cada monitor tie-



La población de Nisch, capital provisional de Servia, el día de la llegada de la Corte, huida de Belgrado



Embarque en Argelia de tropas indígenas con destino a Francia

Ayuntamiento de Madrid

ne una dotación de 70 hombres. Los dos monitores más modernos datan de 1904 y su desplazamiento es de 440 toneladas con una fuerza motriz de 1.400 caballos. Están armados de cañones de tiro rápido de 12 centímetros y ametralladoras, y de un obús de 12 centímetros, que puede ejecutar el tiro indirecto, necesario cuando el nivel está bajo, a causa de la altura de las orillas en muchos parajes.

Los exploradores se destinan al servicio de reconocimiento y enlace. Desplazan de 30 a 40 toneladas, miden 25 a 30 metros de eslora y sus motores son de petróleo. Su calado no pasa de 0,90 metros, lo que les permite navegar en profundidades de un metro de agua. Su dotación consta de un oficial y diez hombres, y están armados con una o dos ametralladoras.

EL CONDE BERCHTOLD (1)

Pero ¿qué espíritu sutil y travieso es el que promueve conflicto tras conflicto y va sembrando de chinitas el camino que han de recorrer Serbia y su amiga Rusia? Los incidentes consulares, los puertos del Adriático, la cuestión de Albania, la actitud de Rumanía, el descubrimiento de lo que han hecho los griegos en Salónica y los serbios en el país que ha tenido la desgracia de presenciar el paso de sus ejércitos, los halagos deprimentes, astutamente malignos, a Bulgaria..., todo ésto, y lo que el porvenir irá descubriendo, porque ahora no hacemos más que empezar, es obra de Austria. En esto están conformes todos; pero al decir Austria, claro es que no puede darse a entender que sea toda la nación, obrando en su conjunto la causante de aquellos hechos; alguien, en representación del Estado, los provoca, los inventa, los hace surgir. Este alguien es el conde Berchtold, el Ministro de Negocios Extranjeros. Sin embargo, cosa rara, siempre es el conde Berchtold el que suaviza las situaciones críticas, el que arregla las diferencias, el que sonríe a los embajadores y tiene palabras de afecto y estimación para los enemigos tradicionales del Imperio. De aquí que se presencie el caso estupendo de que un día y otro día toda la prensa oficiosa de Europa ataque a Austria por sus intemperancias y por su conducta, y al mismo tiempo prodigue las alabanzas al conde Berchtold, a quien se debe la solución satisfactoria de los incidentes que amenazan a diario la paz del mundo. Es decir, que para las censuras es Austria la responsable, como si la palabra Austria no careciera de sentido empleada en esa acepción, mientras que para los elogios el conde Berchtold descuella como personaje de singular relieve.

Maquiavelo moderno, enemigo de guante blanco, florentino que sonríe al empuñar la daga y se inclina y se descubre al herir a su adversario, diplomático que no nombra a Rusia y Serbia sin acompañar a la cita frases de ardientes simpatías, el conde Berchtold es un estadista único en Europa, digno de los mejores tiempos de la diplomacia, hombre que, sin dejar de provocar conflictos, se reviste siempre de

razón y da muestras de paciencia y de benignidad, de amor a la paz y a los derechos ajenos, gobernante que cautiva con su trato y carece de enemigos. No pasa día sin que sus colegas y la gran prensa no le dediquen calurosos elogios ni cesen de presentarle como una de las firmes garantías de la paz, de esa misma paz que procura turbar en beneficio y provecho de su nación.

Austria mantiene sus puntos de vista, se apresta a defender sus intereses amenazados, pero el conde Berchtold la contiene, impávido, sin perder la serenidad ni la templanza; va transigiendo, pero poco a poco se suman en el haber de su país los agravios recibidos, y cuando la ocasión llegue, con la frente alzada, como aquél a quien un imperioso deber le obligue a afrontar una situación, que es el primero en lamentar, se lanzará a la guerra o intimará a sus adversarios a que cedan ante las pretensiones austriacas, y aun en estos momentos, todos tendrán que darle la razón. Esa es la habilidad suprema del conde: hacer que surjan incidentes que demuestren al mundo los derechos de Austria, y suavizarlos y disiparlos enseguida, para relacionarlos en una lista que el día de mañana será la mejor base en que apoyar las reivindicaciones definitivas.

Sin el conde Berchtold, o no se habrían puesto sobre el tapete las múltiples cuestiones que van obscureciendo la atmósfera internacional, o una de ellas habría bastado para encender la guerra. El conde transige, cede, retrocede..., pero cuando la ocasión llegue, se presentará tranquilo y sereno, diciendo: Austria ha cedido en tantos y cuantos puntos; ¡justo es que ahora, en pequeña compensación, cedan ustedes, Rusia y Serbia, en lo que pido! Y ambas naciones tendrán que bajar la cabeza ante la habilidad del conde o lanzarse a la guerra bajo la reprobación del mundo entero, que sigue y seguirá atribuyendo toda la razón al estadista austriaco.

LA CONCENTRACIÓN ALEMANA

En *Le Matin* del 30 de enero del presente año, apareció el siguiente interesantísimo artículo, que demuestra la exactitud de las previsiones de su autor y la extremada atención con que seguían en Francia los preparativos militares de los alemanes.

En tiempo de guerra, ¿cuántos días invertirá la concentración de los ejércitos alemanes?

(TRECE), afirma el Secretario de la Comisión del Ejército

Esto que va a decirse no es, en absoluto, un cuento, una noticia o una novela, es un documento importante, inédito, que no se ha producido jamás, en lo que yo creo, en ningún país, por ninguna publicación, y que interesa, por razón de la importancia mundial de una guerra franco-alemana y de todas las naciones.

La discusión de la ley de los tres años ha hecho surgir numerosas hipótesis — algunas serias, otras, por cierto, muy originales, pero sin bases — sobre el ataque rápido y las demoras exigidas para la invasión alemana; ninguna fué apoyada por un documento militar de real valor.

(1) Este artículo apareció en el número de *La Guerra de Oriente*, correspondiente al 4 de diciembre de 1912. De completa actualidad en estos momentos, se han realizado plenamente las predicciones que en él se hacían (Nota de la Redacción).

Yo no censuro; yo solamente cuento lo sucedido.

He ahí, pues *el nudo de toda esta cuestión*: ¿En qué espacio de tiempo — aparte de de los combates inmediatos que librarán, sobre las fronteras mismas, los Cuerpos de Ejército llamados de cubierta de cada potencia y que no tienen, por otra parte, a las miradas de nuestro Estado Mayor y de la realidad, la importancia que la opinión pública les atribuye — se operará la *concentración de los ejércitos de ofensiva alemanes*? Esto será lo que decidirá esencialmente la suerte posterior de la nación invadida.

Es, en efecto, durante este retardo, en que está en suspenso todo el valor de nuestra resistencia y de nuestro ataque, el que regulará, a la vez, la fecha y el carácter de las grandes batallas.

Doy más abajo todas las indicaciones útiles sobre este grave asunto. Los lectores de *Le Matin* tendrán a bien, haciéndome el honor de creerme, de que he bebido en buenas fuentes: lo creerán tanto más, cuanto lo que voy a decir se enseña, en los cursos superiores, a nuestros futuros grandes jefes del Ejército.

Fuera de los Cuerpos alemanes de cubierta que movilizan por sí mismos — siguiendo las reglas particulares y por itinerarios especiales — las tropas de landwehr — primera y segunda convocatoria — que tendrán por misión el observar las costas y las fronteras danesas y de un cierto número de formaciones de los 1.º, 2.º, 5.º, 6.º y 17.º cuerpos dejados en las fronteras rusas, el Estado Mayor francés sabe que Alemania se proponía, hace dos años, dirigir sobre la frontera francesa una masa de primer ataque global, teniendo la composición siguiente:

	Hombres
5 Cuerpos de Ejército, a 3: batallones . . .	200,000
13 Cuerpos de Ejército, a 25 batallones . . .	450,000
6 Divisiones de Caballería, a 24 escuadrones . . .	25,000
7 Divisiones de Reserva, a 16 batallones . . .	125,000
<i>Total.</i>	800,000

En 1870 los alemanes habían comenzado las grandes operaciones con 20,000 hombres, aproximadamente.

Con motivo de los aumentos sucesivos de los efectivos, hay que agregar 150,000 hombres a esta cifra de 800,000; así, pues, será actualmente EL EJÉRCITO DE MASA DE 950,000 HOMBRES. Esta cifra corresponde a la indicación dada por von der Goltz.

«La concentración de los ejércitos de dos potencias de primer orden presenta hoy el aspecto de inmensas emigraciones. Cada una de ellas pone en movimiento a más de un millón de hombres y a varias centenas de millares de caballos. Es como si se viese un pequeño reino poner en movimiento hacia su frontera y derramar su población entera sobre un territorio reducido.»

¿En qué tiempo este millón de hombres puede estar formado en posición de batalla? El estudio de la red de las vías férreas alemanas nos lo va a decir:

El frente de desembarco—suponiendo respetada la neutralidad de Bélgica—está marcado por las líneas férreas Metz-Sarrebourg, Saverne, Schlestadt, Colmar, Mulhouse; determinando: DIEZ líneas de transporte independientes.

Línea I (línea del Eifel) Hamburgo, Osnabrück:

Munster, Essen, puente de Duisburgo, Colonia (Duren), Tréveris, Thionville, Metz. Tiene *dos vías*, pero de débil rendimiento, a causa de las rampas del Eifel (20 trenes en veinticuatro horas).

Línea II (línea del Mosela): Berlín, Magdeburgo, Paderborn, Barmen, puente de Coblenza, Tréveris, Bons, Courcelles. Tiene *dos vías* (40 trenes).

Línea III (línea del Nahe): Berlín, Hanóver, Dornmünd, Duisburgo, puente de Colonia, Coblenza, Bingen, Neuenkirchen, Sarrebruck, Remilly. Tiene *dos vías*. Rendimiento excelente (50 trenes).

Línea IV: Torgau, Leipzig, Erfurt, Bebra, Fulda, Hanau, puente de Maguncia, Worms, Kaiserslautern, Sarrebruck, Sarreguemines, Tiene *dos vías* (40 trenes).

Línea V: Dresde, Chemnitz, Bamberg, Nuremberg, Hall, Brüchsal, puente de Gernersheim, Deux-Ponts, Sarreguemines, Berthelming. Tiene *dos vías* (40 trenes).

Línea VI: Berlín, Cassel, Marburgo, Giessen, Francfort, Darmstadt, puente de Mannheim, Neustadt, Landau, Haguenau, Saverne, Sarreburgo. Tiene *dos vías*. Muy buen rendimiento (50 trenes).

Línea VII: Würzburg, Heidelberg, puente de Spire, Gernersheim, Estrasburgo, Rothau. Tiene *una vía* (20 trenes).

Línea VIII: Ulm, Stuttgart, Carlsruhe, Rastatt, puente de Roschvoog, Haguenau, Obermodern, Sarralbe. Tiene *dos vías* (50 trenes).

Línea IX (línea de la Selva Negra): Passau, Ratisbona, Ingolstad, Ulm, Sigmaringen, Tuttlingen, Willingen, Offemburgo, puente de Kehl, Estrasburgo, Molsheim. A *una vía* (20 trenes).

Línea X (línea de la frontera suiza): Munich, Memmingen, Stokach, Radolfzell, Weigen, Waldshüt, Lovrach, puente de Mullheim, Mulhouse. Con *una vía* (20 trenes).

Si los alemanes violasen la neutralidad del Luxemburgo, podrían disponer de una *undécima línea de transportes*: Aquisgrán, Sain-With, Luxemburgo, Thionville, que tiene *una vía* (20 trenes).

Hay que observar también, como lo ha tan brillantemente demostrado el señor Jorge Leygues en la tribuna de la Cámara, que muy recientemente, en la idea de un ataque por Bélgica, numerosos andenes de desembarco fueron construidos en el Eifel y particularmente en la región Colonia-Aquisgrán-Tréveris. Pero esta circunstancia no quita nada a las consideraciones que expongo, pues en caso de ataque por la Bélgica, las líneas férreas del Norte, en lugar de concentrar hacia Metz, desembarcarían sus fuerzas al Oeste del Mosa inferior, de Aquisgrán a Mezières; habría entonces una detención en la concentración final, en razón de las etapas que deberían efectuar a través de Bélgica, una gran parte de las tropas venidas del Norte de Alemania.

Hecha esta observación, sumemos los rendimientos diarios de estas diez líneas. Llegaremos a un total de *360 trenes en 24 horas*; rendimiento que está considerado por el Estado Mayor francés como de un gran maximum. Lo normal en razón de las impedimentas, detenciones imprevistas, accidentes probables, será de *340 trenes*.

Si, por otra parte, se admite una proporción de 130 trenes para el Cuerpo de Ejército alemán — la cifra de 120 antes de aumentar los efectivos —, de 45

trenes para las divisiones nuevas de reserva y de 35 para las divisiones de caballería, *el transporte de la masa de ataque exigirá:*

18 Cuerpos de Ejército (18 × 120).	2,160 trenes.
Divisiones de Reserva (7 × 45).	315 »
Divisiones de caballería (6 × 35).	210 »
<i>Total.</i>	2,685 trenes.

El rendimiento de las vías férreas alemanas se eleva, como ya lo dije más arriba, a 340 trenes cada 24 horas; el transporte del ejército de masa exigirá:

$$2,685 : 340 = 7 \frac{1}{4} \text{ días (SIETE DIAS Y MEDIO)}$$

El Estado Mayor admite, en general, que los transportes estratégicos podrán comenzar desde la tarde del *tercer día*. Resulta que, el undécimo día, después de la orden de movilización, el total del Ejército alemán de gran batalla habrá llegado a su zona de reunión. En fin, si se le supone, como lo indican los cursos de las Escuelas militares, un retardo de dos días para que los últimos Cuerpos lleguen a sus emplazamientos en las columnas, *se ve que EL EJÉRCITO ALEMÁN ESTARÁ PREPARADO A MARCHAR EL 13.º DÍA.*

A título de recuerdo hago notar que en 1870 la movilización alemana duró del 16 al 23 de Julio; la concentración terminó el 1.º de Agosto (14 días). El 4 de Agosto tiene lugar el combate de Wissemburg y el 6 las batallas de Fröschwiller y Wörth. VEINTE DIAS transcurren, pues, desde el comienzo de la movilización al primer encuentro.

Tuve, claro está, ante mí, todo el sistema de vías férreas francesas, con sus transversales, que responden a la red alemana. Se comprenderá muy bien que no tenga la menor idea—a pesar del interés que ofrece la comparación—de publicarlas aquí. Permítaseme solamente citar esta frase de uno de los cursos superiores:

«*La vía férrea militar francesa es, por lo menos, tan rica como la alemana.*» Nada prueba imperiosamente, pues, que las primeras operaciones de una próxima guerra entre Francia y Alemania tuvieran lugar en territorio francés.

(Firmado) ADOLPHE GIROLD.

Diputado del DOUBS,

Secretario de la Comisión del Ejército

Por la traducción,
J. C. GUERRERO

SALUDABLES MEDIDAS DE PREVISION

No está Francia desprevenida como en 1870. Pródigamente y con largueza se han entregado al ejército todos los recursos que pudieran serle necesarios, hasta el punto de que es el único ejército del mundo dotado con verdadero lujo; no ya lo necesario, ni lo

conveniente, sino también lo que de cerca o de lejos pudiese prestarle alguna utilidad se le ha entregado con entusiasmo.

Nos han sorprendido, sin embargo, los franceses con una precaución que demuestra cuánto y con qué acierto se han preocupado de adoptar todas las medidas que pudieran enderezarse a la victoria.

Uno de los mayores peligros que ha de temer la República vecina es interior, y lo integran los elementos revolucionarios, cuyas ideas y maquinaciones se ocultan bajo mil nombres diferentes. Los manejos de esos tales son más peligrosos en los países de raza latina, naturalmente impresionables y fogosos, porque en ellos se exaltan fácilmente las multitudes y se dejan llevar por las pasiones de momento, cometiendo a veces excesos que después, cuando ya no tienen remedio, lamentan. Un desastre en el campo de batalla iría probablemente seguido de disturbios y motines, que tal vez engendrarán una revolución. En ella, si llegaba a estallar, tomarían parte, de fijo, muchas personas que no están afiliadas a partido ninguno, pero que son bullangueras y creen que el patriotismo se demuestra zahiriendo al superior y despojando de autoridad al que manda.

Para prevenir esta grave eventualidad, el Gobierno francés ha dictado una medida que acaso pueda llamarse draconiana, pero que es plausible porque se inspira en la salud pública; queda prohibido en Francia el traslado de extranjeros de un punto a otro sin permiso de las autoridades gubernativas; los mismos naturales del país no podrán abandonar los puntos de sus residencias sin esa autorización. De esta manera, obligando a cada cual a que permanezca quieto y tranquilo en su sitio, se evitan los pánicos, las grandes aglomeraciones de elementos de procedencia desconocida, los movimientos populares de carácter general, y al mismo tiempo se disminuirá la gravedad de las consecuencias de una derrota, si ella sobreviene.

El país ha de permanecer tranquilo. Esto no es sólo una necesidad para que se mantenga el orden público, pero también le conviene al ejército, al que nada desmoralizaría tanto como tener que abandonar el frente enemigo para acudir a sofocar revueltas de sus conciudadanos.

La permanencia de los extranjeros en Francia ha sido sometida a trabas extraordinarias, justificadas por la gravedad de la situación, prohibiéndose en absoluto a los súbditos alemanes y austriacos que deseen continuar en el país el domiciliarse, ni entrar en ninguna plaza fuerte, ni en los territorios de 28 departamentos, todos los fronterizos e inmediatos; además se les somete a una exquisita vigilancia y a proveerse de documentos ante las autoridades civiles. A los súbditos de las demás naciones también se les ha sujetado a estrecha inspección. Para la libre salida de todos los extranjeros del territorio francés sólo se les concedió veinticuatro horas, a partir del momento de promulgarse el aviso.